

REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICA  
SOBRE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

2006 — Lama Cereceda, E. d. l. (2006). “Reflexión antropológica sobre la dirección espiritual”. En *Historiologica: Estudios y Ensayos*, homenaje al Prof.

Se ha interpretado *la ciudad secular* con arreglo a cuatro notas que determinan su estructura y su estilo de vida. El *anonimato* y la *movilidad* son los dos polos estructurales. El *pragmatismo* y la *profanidad* marcan el estilo. Son cuatro notas que merecen atención. «Hoy son casi un lugar común en teólogos y filósofos las lamentaciones por el riesgo que anonimato y movilidad entrañan para la realización espiritual y religiosa del hombre. Desde Kierkegaard a Jaspers toda una serie de grandes pensadores contemporáneos no se han cansado de recordar una y otra vez que lo que está en peligro en el mundo de hoy es nada menos que el ser mismo del hombre»<sup>1</sup>.

En una tarea pastoral con pretensión de validez, es necesario conocer al hombre, reconocerlo, interpelarlo y sacarlo de su anonimato, valorar su entorno y ponerse a su servicio para ayudarle a ser él mismo. «In interiori homine habitat veritas» —decía San Agustín— y eso es lo más contrario al pragmatismo apresurado y desentendido o a la necia profanidad que ignora la huella de Dios: y no sólo la huella, sino la luz que reverbera en toda verdad creada. Y más que en ninguna otra verdad, en la verdad misma del hombre, llamado a ser hijo de Dios y a entrar en comunión con Dios. Tal es el origen de toda su grandeza<sup>2</sup>.

1. Eusebi COLOMER, *Prólogo* a Harvey COX, *La ciudad secular: secularización y urbanización en una perspectiva teológica*, 2ª ed., Península, Barcelona 1968, 7.

2. «La vida es una hemorragia —expresa con fuerza el Cardenal Lustiger—. La vida se va. ¿Hacia dónde? ¿Hacia el vacío? ¿Hacia la nada? O la salvación consiste en creer que en alguna parte, nuestra vida queda recogida. ¿No debemos creer también que nuestra libertad no es sólo una herida abierta, y que nuestra vida más que una hemorragia nuestra es una obra positiva y una alegría fecunda? ¿Cómo salvar lo que se pierde? La cuestión de la salvación es universal, y es preciso que el hombre se plantee la cuestión de su sal-

## 1. LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL, UN MEDIO DE FORMACIÓN PARTICULARMENTE MODERNO

Hemos venido hablando de la amistad. Y llegamos ahora a un punto crucial. Amistad hemos dicho—, pero amistad como valor profundo. Porque la vida del hombre no es sólo comer y beber. Es pensamiento y alegría espiritual, nostalgia y anhelos, fidelidades y saudades, llanto a veces y —¡siempre!— lealtad confortable *quasi civitas firma*. La vida es encuentro. Encuentro, desde luego, de los otros, con los otros.

El hombre es social y necesita a los otros, porque sin los otros viene la soledad y se ha dicho que *no es bueno que el hombre esté solo*. «Todo hombre necesita comunicarse. No, simplemente, intercambiar opiniones, comentar sucesos triviales, dar —o recibir— tal o cual noticia de actualidad. La necesidad de comunicación se refiere a algo más profundo, pues en lo más profundo del alma de cada hombre suceden cosas. Unas son alegres y piden a gritos paso libre al gozo que provocan...; otras son tristes, o angustiosas, y también entonces el alma necesita echar afuera su pesadumbre, porque ningún hombre puede vivir con tanto peso en el corazón...»<sup>3</sup>.

Si dijéramos que la dirección espiritual es un tema gustoso a la sensibilidad contemporánea seguramente estaríamos cometiendo una exageración tan patente que sólo personas establecidas en un limbo prematuro serían capaces de admitir.

La misma frase «dirección espiritual» —y adviértase que estoy hablando en el terreno de la sensibilidad social— plantea objeciones. ¿Acaso no es en sí misma una frase excesiva? ¿Acaso dirigir espíritus es tarea sensatamente pensable como labor humana o, incluso, como tarea sobrenatural? ¿No genera esta denominación una sospecha de sometimiento indebido, de abdicación de las responsabilidades soberanas que corresponden a cada ser humano? Por decirlo de un modo más inmediatamente comprensible: la dirección espiritual ¿no es un paternalismo?

Evidentemente todos los modos de hablar —y cuando se refieren a instituciones profundamente humanas todavía más— están sujetos a

ción». Jean-Marie LUSTIGER, *La elección de Dios*. Entrevistas realizadas por Jean-Louis Missika y Dominique Wolton, Planeta, Barcelona 1989, 402.

3. F. SUÁREZ, *El sacerdote y su ministerio*, Rialp, «Patmos», 5ª ed. Madrid 1989, 281.

la injuria del tiempo. Y no es extraño que la designación «dirección espiritual» se haya visto afectada por uno de esos vaivenes de fortuna que hacen periclitarse los modos expresivos. «Dirección espiritual» evoca, sin embargo, contenidos importantes: sugiere connotaciones tales como el sentido de la vida y de la existencia, la naturaleza espiritual del realizarse humano, la necesaria docilidad del espíritu humano en busca de Dios, en definitiva, la apelación al trabajo del Espíritu de Dios en el inviolable santuario de la conciencia. Connota también la labor instrumental del hombre que penetra en el secreto de la conciencia de su hermano para ayudarlo, en humilde y timorato ejercicio del «don de consejo» y con la autoridad que da la *dilectio fraterna*, a interpretar la más íntima verdad de su ser. O sea: a discernir la genuinidad de los movimientos y de las luces sobrenaturales, la autenticidad humana y sobrenatural de las decisiones y de los actos. La mayor dificultad se plantea cuando la dirección espiritual es mal entendida: como un cierto compromiso contractual por el que un hombre se compromete a considerar como divinamente autorizadas las interpretaciones de otro ser humano, abdicando de la capacidad soberana de juzgar moralmente sus propios actos y decisiones: como si el ser humano pudiese entregar el timón de la propia existencia sin prostituir por ello mismo su propia dignidad y su impermutable responsabilidad.

Ya se entiende, sin embargo, que la dirección espiritual corresponde al Espíritu Santo y que la «dirección» humana ha de ser ejercida con profundo respeto a la acción de Dios; sin que la *acción del instrumento* se interponga como diafragma medianero en el diálogo entre Dios y el hombre. Nunca se debe olvidar que el más inmediato interlocutor de cada hombre es Dios mismo y que el ministro de la dirección espiritual se mantiene en el terreno de la gracia externa y nunca debe adoptar una espuria actitud profética que ciertamente contribuiría a desvirtuar este medio soberano de discreción de espíritus.

Se entiende también por estas razones, que en los últimos tiempos haya ido difundiéndose la denominación «acompañamiento espiritual», que subraya los contenidos profundamente humanos de la opción fundamental, de la libertad con que se realiza esa opción, de la autonomía inabdicable de cada ser humano y de la soberana iniciativa de Dios, ante la cual cada persona se constituye como vocación y como respuesta, como ser interpelado y capaz de responder —o de desoír e incluso de rechazar—. «Acompañamiento» significa, pues, una actitud obediente a la iniciativa y a la originalidad de la persona que es acompañada: significa también acogida amistosa y compromiso de recíproco

respeto: valores, por lo demás, evangélicos y totalmente necesarios para la tarea y el ministerio del Espíritu.

Ahora bien, si resulta exagerado afirmar que la dirección espiritual es un tema de nuestro tiempo, la prudente necesidad de asesoramiento – o, también, de desahogo– persuadirá a quien lo piense de lo útil e improrrogable que resulta –sobre todo en la esfera de la vida moral– un diálogo sincero con una persona amiga merecedora de confianza. Ningún ser humano puede realizarse en soledad. Ningún ser humano puede dar cauce a su angustia replegándose sobre sí mismo. La comunión de los espíritus aparece ya en este mundo como una necesidad transcendental.

## 2. DIRECCIÓN ESPIRITUAL Y SENTIDO DE LA EXISTENCIA

Se ha podido advertir cómo «aparentemente el vacío existencial se extiende cada vez más». En opinión de Viktor Frankl, ésta es una de las raíces o bien a) de un *totalitarismo* que impone su voluntad de sentido para explicar mediante un cartesianismo utópico toda la realidad social o b) por otro lado, de un *permissivismo* ilimitado que se abandona al «se dice», «se hace» y «se piensa», sin sentido alguno de la crítica. Como fenómeno de ese vacío cabe señalar una neurosis específica que no tiene origen psicógeno, pero que puede ser designada como «noógena», es decir: un comportamiento neurótico que se deriva, no de una infratación psicológica, sino del olvido de unos principios doctrinales: en consecuencia el hombre queda impedido para interpretarse a sí mismo y para expresarse en un comportamiento humano auténtico.

Surge así una tendencia exagerada a la auto-interpretación, para solucionar el sentimiento de falta de sentido mediante un proyecto de auto-realización, desentendido de toda objetividad, desesperado de toda conexión con la verdad objetiva. A lo sumo, la búsqueda de placer, la libido sexual, el descubrimiento del mundo como un objeto siempre reformado e indefinidamente reformable aparecen como finalidades proyectadas, suficientes para dar un sentido a la vida de modo que, hoy por hoy, continuar existiendo resulte suficientemente atractivo y rentable. Se trata pues de *dar* sentido a la vida más que de *encontrar* el sentido.

Ahora bien, su sentido verdadero debe ser encontrado. *Dar sentido* a la existencia equivale a insuflar artificialmente desde fuera una finalidad a la existencia privándola de su trascendencia, desmochándola-

la de su innata soberanía. *Dar sentido* es imponerle una interpretación, es decir, algo tan inauténtico como colocar un cartel interpretativo a la sonrisa de la Gioconda o como imponer una toma de hábito al Apolo del Belvedere intentando purificar su visión desde una necia instancia enteramente ajena al espíritu estético. Si algo quiere decir «el ser o la nada», ese algo tiene que ver con la verdad. Si el ser no es verdad entonces es nada o interpretado según la comprensión actual, el ser se reduce al ámbito de lo biotécnico perfectamente reformable por la «*techne*» y el ingenio. Estamos, entonces, copados por el reduccionismo.

«En la búsqueda de sentido el hombre es guiado por su conciencia. En una palabra: la conciencia es un órgano del sentido. Se podría definir como la capacidad de percibir totalidades llenas de sentido en situaciones concretas de la vida»<sup>4</sup>. Adviértase, sin embargo, que la conciencia no es meramente una sensibilidad interior, una intuición estética superior. La conciencia implica en su funcionamiento una captación del propio ser situándose ante el valor objetivo. Ante el ser que se le muestra como objeto o, más bien, ante el ser que se muestra como incitación o interpelación, como fundante de valor o como inconveniente en alguno de sus aspectos —alojando por tanto un contravalor—. Esa totalidad llena de sentido es, por decirlo así, una perícopa<sup>5</sup> existencial portadora de valor positivo o por el contrario, una perícopa existencial desgajada de la verdad del ser: a) de la verdad del propio ser (inautenticidad), o b) de la verdad del objeto (contravalor).

Evidentemente la conciencia no es una revelación esotérica: es el propio ser situándose ante el valor conscientemente, responsablemente. O dicho con más exactitud, es el propio «*logos*» humano, que se actúa ante la presencia del ser concreto que se autorevela y que interpela en su carácter de valor. Evidentemente el «*logos*» humano es defectible. El «*logos*» humano necesita ser cultivado, necesita experiencia, necesita incluso iluminación. Cuando el «*logos*» humano es elevado por la luz sobrenatural sigue necesitando de la educación, porque la gracia no niega la naturaleza sino que se implanta sobre ella y con ella guarda intrínseca coherencia.

¿Hará falta repetir una verdad sabida? Efectivamente, todo el ministerio de «acompañamiento espiritual» necesita una propedéutica, que

4. VIKTOR FRANKL, *La voluntad de sentido*, Herder, Barcelona 1988, 30-31.

5. *Perícopa*, es un término técnico tomado en préstamo de la analítica literaria y que significa *sección* o *parte de un escrito*.

consiste en la formación de la conciencia. En la ascética tradicional se habla de *via purgativa* para designar esta propedéutica en la que la propia persona es llamada a ejercitar una «metanoia», una conversión del «ranking de valores» al que venía ateniéndose o, al menos, una corrección de la óptica de que se venía valiendo para contemplarse a sí misma y a la realidad circundante. Tal vez esta «metanoia» ha de estar presente y operante durante toda la vida constituyendo una actitud profunda que se llama humildad de corazón. *Donde hay humildad hay sabiduría*, donde hay humildad hay verdad.

El servicio de la dirección espiritual exige estudio y valoración intelectual de la realidad de las cosas. La dirección espiritual, si es auténtica, no puede de ningún modo contentarse con un adoctrinamiento, ni siquiera de formulaciones piadosas, sino que comienza por una fuerte sacudida ante la interpelación de la verdad. La verdad de las cosas. La sinceridad ante los demás. La sinceridad consigo mismo. La honestidad para con Dios. El servicio de la dirección espiritual lleva por tanto en el que lo ejerce una fuerte necesidad de reflexión y de estudio para poder ser sincero con el hermano que abre su alma al hermano. La adulación, las soluciones de prontuario, las recetas prefabricadas constituyen en sí mismas una traición.

Cada persona es un *in-dividuo*. Hay que atender a cuanto constituye la integración de su personalidad. A cuanto puede destruir —o impedir— esa integración: las fuerzas desintegradoras, el pecado en sus múltiples manifestaciones, la deslealtad, la duplicidad de vida, la disociación entre los dictados del entendimiento especulativo y el entendimiento de lo práctico, la disociación entre el criterio profesional-científico y la ingenua captación de la verdad del propio ser, el conflicto entre revelación y ciencia, el diálogo periclitante entre realidad social y realidad individual. Procurar la autenticidad inequívoca que surge del *individuum* forma parte del trabajo inteligente del director espiritual en la vía purgativa.

Pero la vía purgativa no puede entenderse como un trabajo im-probo de maceración o castración mediante el cual se consigue una docilidad inoperante y pasiva. Al contrario es la purgación del oro. Es la potenciación de la inteligencia, el acrecentamiento de las facultades intuitivas; es ayudar al hombre a descubrir su propio rostro; es la afirmación de la personalidad en la cual se encuentra el primer núcleo con significado vocacional. En el proceso por el que la personalidad se forja, tiene gran importancia la elaboración responsable del proyecto de vida o, dicho de otro modo, del ideal.

El hombre se mueve por sus ilusiones. La integración de la fuerza de las pasiones, afectos y sentimientos al servicio de la voluntad guiada por la razón ha de lograrse bajo el soplo de un éxtasis (*ek-stasis*), de una intuición integradora de todo aquello en que consiste el propio ser para convertirlo en una verdadera existencia auténtica que, por encima de los propios límites y advirtiendo los riesgos y oscuridades, supere todo vértigo en la afirmación del bien, de la verdad, de la entrega. Por este cauce se descubre la primera contestación a las primeras preguntas existenciales.

Ciertamente la contestación a semejantes preguntas no puede ser teórica, no puede ser tan sólo metafísica. Esa contestación por fuerza tiene que ser de valor global, antropológico, asumiendo el riesgo que entraña la debilidad del ser creado.

En su augusta soledad el ser humano experimenta la violencia de la tentación y el vértigo de su insustituible respuesta. En efecto, el hombre es dueño de su propio destino sólo hasta cierto punto: el hombre no es dueño absoluto de sí. Es un ser interpelado y, en consecuencia, responsable: sujeto insuplantable de la respuesta que ha de dar a la «verdad-ser» que le interpela. Pero el hombre no tiene dominio despótico de las posibilidades. Ni la «verdad-ser» que le interpela se le entrega a sí misma como un objeto de observación sobre el que el hombre puede detenerse para poseerlo tras un análisis de cómoda valoración exhaustiva. La misma mostración de la «verdad-ser» entraña en sí misma la vía hacia un misterio. El hombre ha de atender a la verdad poseída, la cual queda en su propio ser como fruto del conocimiento.

Ahora bien, esa verdad poseída se actúa en la conciencia. La propia conciencia: norma próxima del recto obrar. De aquí mismo surge también el vértigo, porque la propia conciencia no es infalible. Dice Frankl: «la conciencia puede también extraviar al hombre. Más aún, hasta el último momento, hasta su último respiro, el hombre no sabe si ha cumplido el sentido de la vida o si, quizás, se ha confundido: *ig-noramus et ignorabimus*. Que ni si quiera en nuestro lecho de muerte sabremos si el órgano del sentido, nuestra conciencia no ha sido víctima de un espejismo significa también que no se puede saber si la conciencia del otro puede haber tenido razón. Esto no quiere decir que no existe la verdad. Sólo puede haber una verdad, pero nadie puede saber si es él y no otro su dueño»<sup>6</sup>.

6. *Ibidem*, 31.

En definitiva, la verdad no es algo que se posee despóticamente, sino que es Algo a lo que se sirve o, mejor dicho, Alguien a quien se sirve. *Ego principium, qui et loquor vobis*. Y la verdad se muestra siempre en el misterio.

Cabe por eso preguntarse si la vocación —que, desde un punto de vista, puede definirse como la identificación del sentido del propio ser— es una revelación de Dios. Debe contestarse netamente que la vocación —y aquí no se habla de casos extraordinarios, sino de la experiencia pastoral ordinaria— no es una revelación ni siquiera «dato sensu». Ciertamente la vocación en cuanto gracia sobrenatural connota el acontecimiento público de la Revelación y del Sacrificio Redentor; es más, en cuanto que es una gracia interior conecta íntimamente con el *Spiritus revelationis* —según la formulación de la Carta a los Efesios— que tan bien ha entendido la Teología tradicional al hablar de las gracias de *ilustración* y de las gracias de *inspiración*. En efecto, el hombre-hijo de Dios, que guiado por el Espíritu realiza en el tiempo el eterno designio de Dios sobre él, debe ser considerado como un «vocatus», aun cuando ese designio divino permanezca incógnito mientras la existencia se realiza. Puede decirse que la vocación —salvo casos especiales— tiene como principal fenómeno humano y psicológico la certeza de una decisión libre en pro de unos valores capaces de reclamar el servicio de toda la existencia. En rigor, el hombre puede pensar piadosamente que las circunstancias de su vida se componen como una llamada evidente, al menos, con una evidencia subjetiva. Habrá que tener en cuenta, sin embargo, que estrictamente hablando en tal apreciación valorativa de las circunstancias cabe el espejismo y el error, y que la actitud más honesta es aquella de la humildad profunda que se abandona a los designios de la providencia ordinaria y se somete al discernimiento de la Iglesia.

La tarea de la dirección espiritual requiere sin embargo, maestros en la dirección positiva que abre horizontes. Ya se ha dicho que la tarea de la dirección espiritual se queda en el terreno de las gracias externas. El director espiritual no puede pretender hacer del dirigido un fruto de su propia cosecha. El modelo es Cristo y el modelador es el Espíritu. El director espiritual es una mediación impropia, bien poco importante, si se la pone en cotejo con tal Modelo y tal Modelador. Se requiere por tanto, mucho respeto a la acción de Dios y mucho respeto a la decisión e iniciativa que sólo corresponde al sujeto insuplantable. En definitiva el director espiritual, de ley ordinaria, carece de poderes extranjeros a su propia ciencia y sabiduría, a su capacidad intuitiva, a sus dotes pedagógicas.

Cuenta —eso sí— con la gracia de Dios. Pero la gracia de Dios supera la experiencia y rebasa por entero la naturaleza de los instrumentos que uno puede utilizar a su propio arbitrio. Más bien la gracia de Dios actuará en el misterio. O sea, que el director espiritual lleno de humilde confianza en Dios ha de disponerse a ser el confidente de una intimidad humana, lo cual equivale a decir que ha de disponerse a vivir y realizar su servicio en las coordenadas de la amistad. Su talante es el de acogida fraternal y amistosa. El director espiritual, ante todo, debe escuchar. La persona intenta mostrarse en su ingenua sinceridad. No siempre es fácil entender a una persona. No siempre la persona logra expresarse, sobre todo cuando trata de asuntos existenciales o de experiencias que se gestan en el abismo de su ser. Pero el director espiritual es un amigo. Si no lo fuera, no tendría derecho a penetrar en la intimidad de su hermano. Porque en ese sagrado santuario que es la conciencia y la intimidad próxima a la conciencia —donde el ser humano se conoce a sí mismo y se da a conocer como niño, sin defensas, filialmente—; en ese inviolable santuario, digo, jamás se puede penetrar con indiferencia, con talante de profesional o de técnico, con mentalidad de cumplidor fatigado. «Una confianza rechazada —enseña admirablemente Federico Suárez— no es sólo un camino que se cierra, sino una herida que se abre; y en no pocas ocasiones, es uno mismo quien se busca la herida y el daño, porque en lugar de comunicar su alma con quien, por tener capacidad para comprenderle, estuviera abierto a la confianza, lo hizo con quien no debía. — La situación del sacerdote es, en este aspecto como en tantos otros, singular, lo que requiere por su parte un tacto extremado a la hora de hacer ese tipo de confianzas que afectan a lo más íntimo de su ser. Si una amistad requiere no sólo una simple simpatía o entendimiento humano, sino una cierta igualdad entre los amigos, es poco probable que un hombre sin fe llegue a comprender la lucha angustiosa de otro que se debata en la oscuridad para conservar la suya, por muy bien que humanamente se entiendan; pero también es difícil, en tal caso, que un hombre con fe llegue a una comprensión que se traduzca en ayuda y alivio si, por no tener amistad, apenas tiene interés real en el problema, aunque teóricamente deba tenerlo»<sup>7</sup>.

Por otra parte, toda persona es de algún modo *un valor supremo* y en el ámbito de la intimidad no existe superioridad alguna de rango humano, sino tan sólo la ascendencia que da la amistad. La amistad

7. F. SUÁREZ, c., 282-283.

sincera hace de dos almas una y sólo de este modo es posible entender el derecho a penetrar los atrios inviolables de la conciencia del otro para compartir su secreto y proteger su responsabilidad. ¡Qué gran cosa es entender un alma! decía la Mística Doctora en quien alentaba una dolorosa y sabia experiencia de años.

Pero veníamos hablando de vocación. Vocación y persona guardan entre sí una relación íntima. El proceso de descubrimiento de la vocación se entrelaza de modo vital con el proceso de mostración y desarrollo personal. A esto se encaminaba mi reciente reflexión acerca de la amistad como clima propio del acompañamiento espiritual. Una época privilegiada es la adolescencia y primera juventud. A este momento del arco biográfico de cada hombre se ha referido en páginas magníficas el papa Juan Pablo II en su Carta a los jóvenes de todo el mundo en el Año de la Juventud.